

INSTRUCCION POPULAR.

LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.

La instruccion de las clases obreras es uno de los temas favoritos de la actual civilizacion. Los gobiernos de casi todos los paises le prestan atencion especial, y no temen recargar los presupuestos con cuantiosas sumas destinadas á combatir la ignorancia de los pobres. Porque esta ignorancia no es sólo una amenaza al equilibrio social; un distinguido filósofo francés, Paul Janet, señala muy recientemente un peligro de nuestra época; la máquina, á la cual ni se debe ni se puede renunciar, tiende á embrutecer al operario especificando excesivamente su trabajo; este embrutecimiento en grande escala de la clase inferior de la sociedad, propagado y favorecido por la herencia, no sólo cabe que influya en el desarrollo intelectual de aquella, sino que puede hacerse sensible en las clases superiores, que, gracias á la desaparicion de las castas y de preocupaciones análogas, se unifican y renuevan al contacto de la primera.

Es, pues, un peligro para la especie humana lo que anuncia el ilustre escritor, es como un vislumbre de la posibilidad de una evolucion descendente en el camino de la historia.

Para contenerla es preciso que el hombre civilizado, cualquiera que sea su situacion, complete la escala racional de la educacion: es preciso que á la educacion de los sentidos, que procuran las relaciones sociales aun en las clases más ínfimas, siga la educacion del entendimiento, y que ésta obtenida en las escuelas prepare en mayor ó menor grado la educacion individual de la razon.

Por otra parte, hablando de clases pobres imposible es distraer los medios de produccion individuales que cada uno necesita del objeto principal; es decir, que es preciso que la educacion del obrero tenga, con el fin genérico que hemos señalado el fin individual del mejoramiento de situacion. Felizmente en una educacion práctica cabe perfectamente la gradacion que la ciencia establece, y si por un lado la mecánica amenaza con el

embrutecimiento cuando sustituye á la habilidad el hábito, por otro ofrece el antídoto; pues para elevarse en el conocimiento de la máquina no hay más camino que el estudio de las ciencias naturales, que perfeccionadas por el principio y métodos matemáticos, ponen en actividad las facultades anímicas casi tan cumplidamente como las más sutiles especulaciones de la dialéctica.

Entre las muchas y conocidas razones que se han dado á favor de la instruccion popular (y ha hecho falta darlas porque no faltan impugnadores) hemos escogido la que precede no sólo por su seriedad, sino porque es la que mejor sirve de argumento en la necesidad de la enseñanza popular en el grado y forma que la proporcionan las Escuelas de Artes y Oficios, análogas á la establecida hace tres meses en Oviedo; pues solamente escuelas de este género, á la vez que producen la educacion del entendimiento en un grado relativamente alto y preparan la de la razon, coadyuvan al bienestar material del alumno y tienen en sí este estímulo inmediato y desde luego perceptible.

Por eso la Sociedad Económica de Asturias, penetrada de su importancia, ha hecho todo lo posible para establecer dicha enseñanza, y experimenta la satisfaccion de que á sus esfuerzos hayan respondido en primer término los interesados, acudiendo en número de doscientos y tantos á inscribirse en la matrícula de la Escuela, y de que despues los sócios vengán desempeñando asiduamente cátedras incómodas por la hora y por la dificultad de acomodar lenguaje y asunto á inteligencias que han pasado muchos años sin cultivarse. Ha auxiliado tambien en la obra, como es sabido, la administracion provincial, cubriendo gran parte del modesto presupuesto que se juzgó necesario para instalacion y sostenimiento por un año de la Escuela.

Los resultados obtenidos en Oviedo han llamado la atencion de Aviles y Gijon; en la primera villa, la iniciativa de algunos buenos asturianos ha vencido en parte las dificultades que la pereza opone siempre á esta clase de empresas, y creemos que muy pronto se abrirán las puertas de tan beneficiosa institucion. En Gijon, personas de respetabilidad han solicitado formar Sociedad local agregada á la Económica

asturiana con el principal objeto de establecer una Escuela agregada á su vez á la de Oviedo; resuelta favorablemente la solicitud, como no podía menos de serlo, muy pronto se planteará el proyecto con toda la latitud posible.

Los efectos alcanzados en la Escuela de Oviedo son bastante satisfactorios, si se atiende sobre todo á que la clase obrera no puede haber aun formado idea completa de los beneficios que ha de obtener; de 194 alumnos que fueron aprobados para los dos cursos, asisten puntualmente más de 100, y entre ellos más de la mitad han hecho adelantos que permiten esperar que en el próximo curso pasen á las cátedras superiores respectivas.

Y, sin embargo, lo hecho hasta ahora ha sido poco. Pocos días ha los alumnos manifestaban cierta intranquilidad respecto á la continuation de la Escuela; y esta vaga aprension, que no podía nacer de la conducta de los profesores, modelo de asiduidad, de ningun propósito vertido en el seno de la Sociedad económica, denuncia el verdadero defecto de la Escuela por nosotros organizada.

El obrero se pregunte: ¿porqué estos señores se toman la molestía tan pesada de venir día tras día á explicarnos lo que con tanto trabajo comprendemos? ¿Nó se cansarán, sinó hoy, mañana?

Este es el verdadero defecto de la Escuela de Artes y Oficios; necesita vivir de un presupuesto, nó de la caridad; necesita una plantilla de profesores, y un material de enseñanza, y un local suyo y apropiado al objeto.

Ahora dos son las cuestiones, una ya resuelta, y es si el asunto merece los sacrificios que pueda costar; la otra vamos á resolverla afirmativamente: la Escuela de artes y oficios puede tener personal, material y edificio propios; con lo cual afirmada su duracion, ganada la confianza del operario, cumplirá satisfactoriamente su objeto. Como para llevar el convencimiento á los ánimos en cuestiones de este género es preciso ofrecer números y prueba de que estos números responden á la realidad de las cosas, alargariamos excesivamente este primer artículo; terminaremoslo, pues, exponiendo en globo los medios de procurar á la Escuela verdadera y propia vida.

La Sociedad Económica posee una local en punto céntrico de la poblacion; esta situacion, lo espacioso del solar y los buenos materiales que constituyen el edificio, dánle gran valor en venta, por más que actualmente no pueda servir

para Escuela por la distribucion, limitándose su aprovechamiento á dos clases mal acondicionadas y á las sesiones mensuales de la Sociedad; añadamos la Academia de Dibujo dependencia de la Diputacion provincial. Vendido el edificio, comprando un solar en el perímetro de la poblacion, podría hacerse con el sobrante otro edificio acomodado á las necesidades de la Escuela, sin excluir el aprovechamiento para la de dibujo y para los otros usos de la Sociedad; con un solar, barato y un género de construccion barato tambien, aun podría obtenerse un residuo suficiente para el material de enseñanza indispensable.

Los gastos de alumbrado se cubrirían probablemente con las matrículas (hemos ofrecido cifras para otro día).

Queda la cuestion de personal. De los gastos deben encargarse la Diputacion y el Municipio; la primera corporacion, ménos interesada, ha hecho ya como hemos mencionado, algo en este sentido; no se ha buscado el auxilio de la segunda, pero no cabe duda de que en su día responderá como quien es. Y no se crea que con esto los presupuestos provincial y municipal van á echar sobre sí pesada carga; poco dinero basta á asegurar una buena plantilla de profesores en la Escuela de artes y oficios. Para ello deben distinguirse dos épocas; la primera que durará cuatro ó cinco años, y la segunda definitiva. En aquella la Diputacion no encontraría dificultades, nombrando profesores de la Escuela á los del Instituto provincial, y á sus empleados facultativos, retribuyendo como es debido este ímprobo trabajo; que el personal citado aceptaría la tasa no puede dudarse, pues gratuitamente forma hoy la casi totalidad del profesorado de la Escuela; la retribucion debería tambien aceptarla aunque fuera solo para tranquilizar al público sobre la existencia de la misma. Entiéndase bien, sin embargo, que de ninguna manera proponemos que la Escuela pase á ser una dependencia del Instituto provincial, ni aun de la Diputacion; hay muchas razones en contra de esto. Tal vez el personal citado no bastaría, ni aún convendría para ciertos estudios de carácter más bien industrial y práctico que científico y teórico; pero para estas enseñanzas el personal facultativo que la industria asturiana tiende á traer á la provincia cada vez en mayor número, ofrecería recursos suficientes.

La época que llamamos definitiva, se distinguiría porque el profesorado se ejercería en su mayor parte, y á ser posible en totalidad, por maestros salidos de la misma Escuela; éstos que

generalmente serían operarios, reuniendo la práctica y la teoría, hallarían grandes ventajas en una módica, pero segura, retribución, ganada en pocas horas de trabajo intelectual con el que ya estaban familiarizados.

Este es en globo el proyecto que hace tiempo hemos concebido, que hemos contribuido un tanto á poner en vías de hecho y que, Dios mediante, procuraremos impulsar hasta el fin, si ántes no se nos convence con buenas razones de que es impracticable, pues de que es digno de ocupar y aun preocupar á quien se interese por el porvenir, estamos plenamente convencidos,

GENARO ALAS,

Serie. de la Sociedad Económica Asturiana.

LOS CONGRESOS CELEBRADOS EN PARÍS CON MOTIVO DE LA EXPOSICION UNIVERSAL,

II.

El notable progreso realizado en este siglo en cuanto á las industrias comercial y manufacturera toca, progreso que caracteriza la época presente, nó porque sea el único y como que absorba y anule las demás manifestaciones de la actividad humana, sinó porque rivalizando todas en perfeccionamientos sucesivos, no habia de romper aquella tan universal y armónica tendencia, dándose con ellas en natural é indestructible hermandad, exijia lógicamente que al lado de la Exposición *práctica* de los productos industriales se celebrara una Exposición *teórica*; que al par que se exhibieran los portentosos resultados del admirable consorcio de la naturaleza el trabajo y el capital, mostraran sábios de todos los países los frutos de sus especulativas tareas, encarnados en juicios y soluciones de los más arduos é importantes problemas que se refieren á lo que pudiéramos llamar esencia de la industria, cuanto que atañe á lo más íntimo de su vida; por ejemplo, su régimen económico, la educación profesional y lo relativo á la legislación comercial internacional. Vino á llenar tal indispensable exigencia «El Congreso del Comercio y de la Industria» organizado por las Cámaras sindicales de comerciantes é industriales de París, los de la Union nacional, el Comité Central y muchas otras asociaciones independientes, que celebró sus sesiones del 22 al 24 de Agosto en el Palacio del Trocadero, y á mostrar una vez más, que la ciencia, al par que el sano sentido comun, han roto con las antiguas absurdas doc-

trinas que remitían por bajo é indigno el trabajo manual á los esclavos y siervos, y de las cuales se hicieron solidarias inteligencias privilegiadas, los más preclaros géneos, al extremo que Platon osó decir: «La Naturaleza no ha hecho ni zapateros ni herreros: semejantes ocupaciones degradan á las personas que los ejercen, viles mercenarios, miserables sin nombre, excluidos por su misma condicion de los derechos políticos;» y Xenofonte «que las artes manuales son infames é indígenas de un ciudadano;» y Ciceron «que el tener tienda abierta no es honorífico; que el comercio por menor es sórdido y despreciable, y que aun siendo por mayor apenas es compatible con las cualidades que deben adornar al hombre libre»: doctrinas erróneas que, aunque parezca mentira, tuvieron obstinados defensores en los modernos tiempos, como lo atestiguan el eminente filósofo Kant, que criticando en su *Antropología* el espíritu mercantil del pueblo inglés lo representa tan insociable como el nobiliario; el ilustre Lamennais que en sus *Misceláneas religiosas y filosóficas* truena contra el comercio manifestando «que aproxima á los pueblos á la manera que el impuesto aproxima al cobrador y al contribuyente, y que además de esas sordas enemistades, cuyo efecto á la larga es tan terrible, el comercio ocasiona por sí solo mas guerras que todas las demás causas de division;» Vauvernagues que le define «la escuela del engaño,» y los Fourrieristas que, resucitando las teorías fisiocráticas, consideran á los comerciantes como *parásitos* que obtienen injustamente una parte de los productos sociales, con lo cual desconocen el noble y utilísimo fin de dos grandes manifestaciones de la industria, ambas indispensables para la realización del destino humano como conducentes al cumplimiento de su aspecto económico, trasformando la manufacturera los objetos naturales para que satisfagan nuestras necesidades, y poniendo la segunda los productos en las condiciones de tiempo, lugar, cantidad y calidad reclamadas por el consumidor.

El Congreso á que nos referimos confirió la presidencia honoraria al ministro de Comercio y la efectiva á Mr. Houette, que ejerce la de la Cámara de Comercio de París. Asistieron multitud de personas distinguidas en el cultivo de las ciencias sociales, llegadas exprofeso de distintas naciones de Europa y América; algunas autorizadas oficialmente por sus respectivos gobiernos, como M. Cunliffe Owen, de Inglaterra, el Co-

mendador Ellena, de Italia, los Sres. Santos y Goguel, de España, M. Stoltz, de Noruega, M. Edouard Séve de Bélgica, el cónsul general de Chile, De Wseden, consejero de Estado de Rusia: contábanse también entre los asistentes nuestro compatriota Sr. Carvajal, ex-ministro de Hacienda, que pronunció un notable discurso en defensa del establecimiento de un Código de comercio internacional, M. Nathan Apletton, de Boston, y M. Francesco Vigano, de Milan, conocido economista. El programa de las cuestiones sometidas á la deliberación del Congreso, muestra bien claramente la importancia excepcional que merece; estaba concebido en los siguientes términos:

Cuestiones relativas al régimen económico:

I. ¿Cuál régimen concilia mejor los intereses de la producción y del consumo, el de las tarifas generales ó el de los tratados de comercio?

II. A qué criterio deben hoy obedecer las tarifas aduaneras?

¿Aunque consideradas como instrumento fiscal son un obstáculo á la rapidez de las transacciones, ofrecen no obstante ventajas compensadoras bastantes para autorizar su sostenimiento?

III. ¿Qué influencia ejercen los monopolios en el crédito y en el desarrollo de la industria y del comercio? Es tal que pudieran justificarse por el interés público?

¿Qué mejoras pudieran introducirse en los transportes por ferro-carriles (tarifas, etc.)?

IV. ¿Es justo y conveniente reglamentar legalmente el interés del dinero, fuera del caso en que tenga por objeto determinar la tasa en defecto de las convenciones?

V. ¿Cuáles son los impuestos que por su naturaleza sean menos gravosos al comercio y á la industria sin amenguar los recursos del Tesoro?

Cuestiones relativas á la educación profesional:

I. ¿Cuál sería la mejor reglamentación del trabajo de los niños en las manufacturas y talleres?

II. De la condición de los aprendices en los diferentes países.

III. Cómo deben organizarse las escuelas profesionales para que den resultados prácticos?

Cuestiones tocantes á la legislación de comercio internacional:

El desarrollo progresivo de las relaciones comerciales reclama imperiosamente el estableci-

miento de un Código de comercio internacional sobre todo en lo que concierne

1.º A la competencia de los tribunales y á las formalidades exigidas para la validez de los contratos.

2.º A los efectos de las quiebras.

3.º A las formas y efectos de la letra de cambio.

4.º A las formalidades necesarias para la constitución y régimen de las sociedades, sobre todo en materia de publicidad.

5.º A la hipoteca marítima.

No nos detendremos, en gracia á la brevedad, en extractar el discurso de apertura del presidente Mr. Houette, que aunque merecedor de estima, es bastante parecido á los que se oyen en semejantes solemnidades.

El primer punto de discusión era, como hemos indicado, el exámen comparativo del sistema de los tratados de comercio y las tarifas convencionales con el de las tarifas generales únicas. M. Nottelle, de la Sociedad de Economía política, inició el debate pronunciando un discurso notable por su ciencia é imparcialidad; no obstante su filiación libre-cambista, el orador se esmeró en ocultar sus preferencias y expuso los argumentos de los enemigos como los de los partidarios de la libertad de comercio.

El carácter y extensión de este trabajo nos impiden hacer la crítica, que sería altamente satisfactoria, de tan excelente peroración; sólo consignaremos y llamaremos sobre ella la atención, una idea original cuyo planteamiento toca al porvenir. Mr. Nottelle ha dicho que el remedio á los inconvenientes de la cláusula de Nación más favorecida, cláusula indispensable en todo tratado de comercio que se proponga favorecer las relaciones de esta industria, consistiría en una convención general análoga á las que existen entre ciertos países para los sellos de correo y monedas, etc.

No habría entonces temor á que un nuevo tratado, en el cual se hubieran estipulado ventajas no existentes en los anteriores, trastornara bruscamente todas las relaciones de la Nación. Es indudable que conviene que los derechos sean los menores posibles; pero cuando se aminoran por sorpresa, pueden causar graves perjuicios á los comerciantes no advertidos.

Como parecía natural, y aunque invitada la Sociedad para la defensa de la industria nacional, contestó por conducto de su presidente que había expuesto ya todos sus argumentos en la información parlamentaria y no veía la necesi-

dad de repetirlos ante el Congreso, no faltó algún campeón del proteccionismo, bien que templado, *posibilista* como diría «La Epoca,» que como M. Barbe de Caunes abogara por una compensación moderada, lo cual dió ocasión á excelentes y vigorosas impugnaciones de Pascal Duprat y Federico Passy. Terminada la discusión el Congreso acordó:

«1.º Que los tratados de Comercio deben establecerse entre todas las Naciones, tomando por base el principio de reciprocidad comprendido y aplicado en el sentido más amplio y con un espíritu progresivamente liberal. Y que procede el sostenimiento de la cláusula de Nación más favorecida.»

«2.º Que toda tarifa de Aduana sea establecida con el exclusivo fin de facilitar las negociaciones de tratados de comercio y de preparar su conclusión, y aplicada de una manera justa é igual para todos.»

En la segunda sesión se puso á la orden del día la cuestión de las condiciones del aprendizaje. M. Nusse, abogado y secretario de la Sociedad protectora de los aprendices, hizo un relato fiel de los defectos que entraña el sistema actual de aprendizaje, insistió particularmente sobre la mala fé de los educandos y sus padres, de donde resultaba, en su sentir, la frecuente ruptura de los contratos de este género, con cuyo abuso se frustraba el beneficio que esperaba obtener el maestro cuando el aprendiz comenzara á trabajar, siquiera fuese rudimentariamente: beneficio que consideraba el autor como remuneración legítima de la enseñanza dada. Además, añadía, el joven que concluye su aprendizaje en semejantes condiciones, será siempre un detestable obrero, porque en realidad no ha terminado su educación profesional. Concluyó instando al Congreso que pidiera una reforma en la legislación, que conduzca á asegurar con eficacia la ejecución de los contratos de aprendizaje.

M. Tolain, senador y antiguo obrero cincelador, se levantó á combatir los argumentos de M. Nusse exagerado defensor de los derechos del maestro, en nombre de los intereses del educando. Lamentábase de que se reclamaran tantas garantías en favor del primero y tan escasas para el discípulo, manifestó que había por desgracia muchos industriales que se comprometían á enseñarles un oficio y los explotaban haciéndoles trabajar durante tres ó cuatro años en la misma *fracción infinitesimal* de la industria. Expuso que á consecuencia del desarrollo de las máqui-

nas y de la división del trabajo, el aprendizaje iba haciéndose cada vez más imposible. El obrero que en vez de producir, como sucedía en tiempos pasados, el objeto completo, se limita á verificar una mínima operación necesitando todavía el concurso de muchos otros para que sea consumible, no puede formar verdaderos oficiales: es abusivo, pues, exigir que el aprendizaje dure seis años, cuando algunos meses bastarían para enseñar una de esas *fracciones* de profesión que se ejercen actualmente.

Tomó á seguida la palabra el conocido economista Limousin declarándose partidario de un sistema sumamente favorable al obrero, pues que tiende á proporcionarle instrucción sólida en el arte que elija y á arrancarle del poder de la rutina y el empirismo, bases principales, por no decir únicas, de las escasas é inseguras nociones que hasta ahora constituían su aprendizaje y contribuye á establecer la debida equiparación entre la enseñanza de las impropriadamente denominadas carreras á profesiones liberales y la de los oficios, harto postergados en tiempos en que reconocida la dominación de generosas ideas igualitarias, en el recto sentido de esta palabra, por el mejor y más profundo conocimiento de la naturaleza moral y jurídica del hombre, atormenta á toda conciencia bien sentida la antinomia de que una cosa se piense y otra se haga, de que se predique lo bueno y se practique no obstante lo peor: que todo empleo del trabajo, de este indispensable primordial elemento de la producción y al mismo tiempo ineludible ley del ser humano naturalmente activo, sea físico ó espiritual, eleva y dignifica y es altamente benéfica en cuanto que se aplica, como medio que es, ó creador de medios, al cumplimiento del destino humano. Pasaron para no volver las ominosas épocas en que se consideraban denigrantes las tareas manuales y se huía el contacto de los artesanos, como hoy todavía huyen las castas superiores el de los infelices tekandalos en la India; pero el progreso de los tiempos pide aún más, pide la relación íntima, el trato continuo, la verdadera amistad entre todos los que trabajan; pide que no haya más que dos clases sociales, los trabajadores y los holgazanes, dignos aquellos de la más alta estima, merecedores éstos de la más enérgica reprobación. M. Limousin se pronunció por la opinión de que los obreros reciban la enseñanza profesional dada en escuelas especiales semejantes á las que existen en París, boulevard de la Villette y calle Tournefort, abandonando el rutinario aprendiza-

je que hoy generalmente practican: dijo que la instrucción obtenida en el taller ó la fábrica adolece de empirismo y está muy léjos de ser una instrucción teórica que muestre la razón de los diferentes procedimientos y operaciones. La escuela profesional, argüía el orador, debe tener por objeto desarrollar la habilidad manual como las escuelas hoy día existentes se proponen desenvolver la inteligencia. En el taller la enseñanza encuentra el grave obstáculo de que la materia primera ha de ser utilizada: mientras que en una escuela profesional sería considerada como el papel, la tinta, las plumas en una escuela primaria.

M. Nusse manifestó que no era adversario del sistema propuesto, y creía solamente que no podría generalizarse en breve plazo; criticó, sin embargo, la enseñanza de los oficios en las escuelas, apoyándose entre otras consideraciones en la pérdida de la materia primera, que habitúa así á los futuros obreros al despilfarro, negación de la economía que es regla de la producción. El comendador Ellena y M. Dubail sostuvieron la idea de que las escuelas profesionales, si sirven para a instrucción de contramaestres y patronos, no valen nada para formar obreros. Tolain y Limousin contestaron que no había dificultad, ántes al contrario, en que se enseñaran en estas instituciones docentes la economía de la materia primera y que la experiencia mostraba bien claro que de las escuelas salían excelentes obreros. Limousin, por último, opuso la autoridad de los sindicatos y de los Congresos de obreros, unánimes en favor de su sistema de enseñanza á la de los sindicatos de industriales que no lo aceptan sinó con reservas y reticencias. La sección había preparado las conclusiones siguientes:

I. Sería de desear que se establecieran leyes especiales sobre el aprendizaje en los pueblos que no lo hayan hecho hasta ahora.

II. Deberán ser abolidas las correcciones corporales donde todavía los maestros ó patronos usen de este medio disciplinario.

III. Las leyes francesas deberían conceder á los patronos el derecho de emplear ciertas medidas disciplinarias no corporales, avisando anticipadamente á los agentes de la autoridad, bajo pena de multa caso de omisión de esta formalidad.

IV. El aprendiz que sin motivo suficiente abandonara á su maestro, será responsable del perjuicio causado: pero sólo podrá ser demandado por la quinta parte de las sumas percibidas

ó que deba cobrar y dejándole á salvo el recurso contra aquél.

V. El crédito del patron abandonado será privilegiado y tendrá en Francia el mismo carácter que los de el párrafo 5.º del art. 2101 del Código civil.

El Congreso, no obstante, conformándose con la opinión dominante votó esta proposición:

I. Abolir en todos los países las correcciones corporales y asegurar por medio de garantías recíprocas el cumplimiento de las obligaciones de los patronos y de los aprendices.

II. Que las escuelas profesionales de aprendizaje completen la instrucción primaria, cultiven el estudio del dibujo industrial, establezcan cursos de Tecnología y procuren que los discípulos ejecuten los trabajos manuales, bajo la inspección de un consejo, de perfeccionamiento de los estudios industriales, compuesto de patronos y obreros.

Como se observa por los trabajos anteriores, á que con tanta asiduidad y con tanta competencia se dedicó el Congreso internacional del Comercio y de la Industria, preocupó grandemente su atención el problema social, procurando con todas sus fuerzas por el mejoramiento de los obreros, que ha de resultar forzosamente de la instrucción, porque así se conseguirá su elevación intelectual y su posible bienestar económico.

(Continuará.)

ADOLFO BUYLLA.

Profesor de Economía política.



LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES (I)

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

No sé cómo arreglarme para decir algo bueno del Sr. Fernandez y Gonzalez. Mucho temo no llegar á decirlo. Por más que lo intento, no consigo desechar de mí cierto rencor y mala voluntad hácia su persona, ó personalidad, que es lo más de moda, y como soy tan impresionable y

(1) Como hemos prometido á nuestros lectores, tomamos este artículo del interesante libro que con el título arriba citado publicó últimamente en Madrid nuestro querido amigo Armando Palacio, y que al precio de 2 pesetas está de venta en Oviedo en la librería de Martínez, Plazuela de Riego.

tengo tan poco peso (cinco arrobas escasas), lo más probable es que le suelte alguna pulla de mal género, impropia por entero de mis antecedentes y de mis años.

Pero, Señor, ¡quién me habrá metido á mí á crítico!

Hubo un tiempo, sin embargo, en que yo tenía ménos años que ahora, *é in illo tempore*, el Sr. Fernandez y Gonzalez me hizo perder bastante idem. Cuando lo pienso, no puedo ménos de verter lágrimas. y exclamar como Augusto:

« ¡Fernandez, Fernandez, vuélveme mi tiempo!»

No sólo de esta abundosa fuente mana mi rencor. El Sr. Fernandez, en sus narraciones fantásticas, lances maravillosos y combates descomunales, ha influido de un modo muy pernicioso en mi carácter. Hace ya bastantes años, era yo lo que se llama una malva, incapaz de romper un plato adrede.

Mas héte aquí que leo los *Siete Niños de Ecija*, donde se describe á lo vivo de qué modo siete valientes derrotan y ponen en vergonzosa fuga, en cuantas batallas libran, á siete mil carabineros; y hubieran derrotado en la misma forma á siete millones, dada su infinita bravura. Esta bravura me contagié de tal suerte, que llegué á suponerme dotado de una fuerza incontrastable y sobrenatural, y empecé á ensayar mis fuerzas y arrestos, descargando terribles puñetazos sobre las puertas de la vecindad. A los pocos dias de verificar estos ensayos, era conocido entre los granujas del pueblo con el pintoresco mote de *Brazo de hierro*. Y aconteció, que un día oí sonar á mis espaldas el famoso apodo acompañado de cierta risa que á mí me pareció por muchos conceptos irrespetuosa. Me vuelvo y veo á tres pilluelos muy risueños que se estaban sin quitarme ojo. Llegó la ocasion, pensé, y encomendándome al invicto Juan Palomo, cerré con el mayor coraje y ardimiento sobre aquellos canallas. Mas ¡ay! que entre nosotros debian existir las mismas relaciones que entre los antiguos aragoneses y su monarca: cada uno de ellos valía tanto como yo, y juntos mucho más que yo.

Me llevaron á casa y me pusieron sobre la frente algunos paños empapados en árnica.

Jamás se lo perdonaré al Sr. Fernandez y Gonzalez.

Fundada, pues, mi crítica en motivos tan pequeños y baladíes, es preciso convenir en que no tendrán fuerza de ninguna clase cuantas censuras dirija al Sr. Fernandez y Gonzalez.

Convengamos en ello y meditemos un rato sobre la pequeñez y miseria de los hombres, que por unos mojicones más ó ménos llegan hasta rebajar las glorias de un esclarecido novelista.

Sin embargo, aunque no otra cosa, espero que se me reconozca cierto valor para arrostrar la impopularidad. El Sr. Fernandez goza de gran crédito entre las clases más virtuosas de la nacion. Conozco algunas amas de huéspedes que en gracia de sus interesantes novelas serian capaces de no pedirle el dinero hasta fin de mes. Y yo, escritor ventajosamente conocido en España, Francia, Inglaterra, Rusia, los Países Bajos y Carabanchel de abajo, no vacilo en depositar en el pedestal de la estatua de la Verdad mis coronas y mis lauros.

¡Hermosa figura y ejemplo perdurable de heroísmo!

El Sr. Fernandez y Gonzalez no siempre escribió malas novelas. Hubo un tiempo en que las escribió buenas. Esto debia decirlo al final del artículo, bien lo comprendo, para que la última impresion fuese dulce, pero como el señor Fernandez y Gonzalez escribió las novelas buenas ántes que las malas, parece natural que me atenga á su cronología. ¡Especial cronología la del Sr. Fernandez! Todo en el Cosmos progresa, todo se perfecciona por virtud de la ley de la evolucion, pasando de lo homogéneo á lo heterogéneo (1). Y no obstante, el Sr. Fernandez y Gonzalez rompe de frente con la ley de la evolucion, y despues de escribir novelas muy heterogéneas dá á luz las homogéneas. *El Condestable don Alvaro de Luna, Men Rodriguez de Sanabria, Martin Gil, El cocinero de Su Majestad y Los Monfies* son novelas históricas en que, á más de observarse con algun cuidado los requisitos del género, revela el autor cualidades excepcionales para brillar en él. No resucita por medio de un estudio atento y minucioso el mundo de la Edad Media como Walter Scott, sus costumbres, sus trajes, su fisonomía exterior, más quizá debido á una portentosa imaginacion consiga penetrar más adentro que el inmortal creador de la novela histórica, en sus sentimientos, en sus acciones y su discurso; en el mundo del espíritu.

No maneja tan bien el guardarropa feudal, ni el mobiliario de una sala gótica, ni es capaz de disponer un torneo con tanta propiedad; pero nuestros abuelos no aparecen con ese tinte suave y melancólico que inmerecidamente les con-

(1) Véase Herbert Spencer: *First principles*.

cede el autor de *Ivanhoe*, sino con el lenguaje rudo, la sensualidad desenfrenada y la ferocidad bestial que les conviene. Los acentos sencillos y ásperos que resuenan en los tiempos medios, parecen vibrar puros y frescos todavía en la briosa fantasía de Fernandez y Gonzalez. Penetra por la coraza damasquina y la recia cota de malla, y sorprende los sentimientos de aquellos corazones tan rudos é independientes. Es mas *realista* de la Edad Media que su maestro Walter Scott.

Aún pudiera serlo más, no lo dudo, rebajando un noventa por ciento de aventuras: mas, como despues de todo, ninguno de nosotros ha vivido en la Edad Media, la narracion de las maravillas acaecidas en esta Edad, no nos pueden irritar tanto como la de aquellas que suceden en la presente, donde no sucede ninguna.

No tengo inconveniente, pues, en admitir que los siglos medios son poéticos y que en ellos se verificaron todos esos lances portentosos que los novelistas nos cuentan, y otros muchos más que no nos cuentan. Mas deseo hacer constar que aunque poéticos eran unos siglos bárbaros, y que en punto á urbanidad y buena crianza, pese á Walter Scott y su escuela, el nuestro les saca mucha ventaja. Por un precioso manuscrito descubierto recientemente en la biblioteca de un convento del Norte de España, he llegado á averiguar que en el siglo XIII no era conocido el «dispense usted.»

A pesar de esto, no falta quien apellida á nuestro siglo torpe y escandaloso, y se siente muy desgraciado por haber nacido en él en vez de florecer en la época del feudalismo. Hay que convenir en que la Providencia ha estado muy dura con los que así discurren, poniéndoles sombrero de copa en lugar de casco; pero una vez que no ha querido darles ese gusto, no hay más remedio que resignarse y esperar de mala manera, en cualquier oficina, á que este siglo se hunda en los abismos del tiempo. Animo, pues, que ya falta poco; veintidos años escasos.

Quede sentado que el Sr. Fernandez y Gonzalez manifestó en otro tiempo, muy lejano por desgracia, disposiciones felicísimas para la novela histórica. Pero no hay que atribuirle tampoco con afan hiperbólico aptitudes que no ha tenido jamás. Si las mostró nada comunes para el cultivo de este género, nunca dió la más leve señal de poseerlas para la novela de costumbre, social, realista ó como quiera denominarse. El género histórico es de todos los romancescos el que más semejanzas y afinidades guarda con el poema, y Fernandez y Gonzalez es mejor poeta

que novelista. Tal vez dependerá de que el poeta se constituye y caracteriza por la fantasía, viniendo á ser el entendimiento y el estudio nada más que auxiliares de su inspiracion, mientras el novelista necesita por partes iguales de una inteligencia superior y de una imaginacion pintoresca. El talento de Fernandez y Gonzalez guarda, á mi juicio, más parentesco con el de Zorrilla que con el de ningun novelista de los que figuran ó han figurado en nuestra patria.

Mas ya que su empeño fuera escribir novelas y no verso, parecía muy razonable que siguiera novelando en el género histórico cada dia con mayor discrecion y lucimiento. El Sr. Fernandez y Gonzalez toda su vida profesó mucho horror á lo razonable; así es que en vez de continuar estudiando para corregirse y mejorarse, comenzó á echar por aquella pluma un diluvio de novelas plagadas de lances y aventuras imposibles que produjeron grandes disturbios en el ramo de modistas. De la novela histórica no quedó más que los nombres de los personajes, los cascos, las lanzas y las cimitarras. Todo lo demás, la pintura de los caracteres, la descripcion de las costumbres, la verosimilitud de la fábula, naufragó en un mar de tinta.

Este afan insaciable de aventuras fué causa de su perdicion. ¡Lo que es el corazon humano! como diría Perez Escrich. Un hombre que había pasado toda su vida en el alcázar del rey tratado á cuerpo de idem, dedicado exclusivamente á vigilar la entrada y la salida de los galanes por las puertas secretas, los suspiros de la reina y las órdenes del monarca, marcha de improviso á Sierra Morena y empieza á echar el alto á los viajeros, en compañía de *Juan Palomo* y *Diego Corriente*.

Estos cambios bruscos é inesperados de la fortuna me conmueven sobremanera.

¡Y qué había de suceder! El Sr. Fernandez que era un caballero muy cumplido y espiritual, consiguió al principio dar cierto barniz romántico á aquellos secuestradores; mas al cabo y á su pesar tuvo que sufrir la influencia nefasta de tan grosera compañía, perdiendo las buenas formas y los refinamientos palaciegos. Descuidó ó abandonó por entero los estudios literarios, acaudalando en cambio gran copia de bellaquerías y ruindades que aspiró á presentar como admirables, redactándolas al mismo tiempo en un lenguaje que por nada en el mundo me atrevería á llamar cervantesco.

Si el Sr. Fernandez y Gonzalez hubiera ido á recorrer los desfiladeros y encrucijadas de Sierra

Morena con el objeto de estudiar minuciosamente las costumbres de sus indígenas y ofrecérselas despues en cuadros romancescos vivos y fieles, yo no le diría una sola palabra mal sonante, allá se las arreglara con los enemigos del realismo. Pero eso de ir ni más ni ménos que á buscar con su linterna por aquellas breñas almas grandes, corazones generosos, honrados padres de familia y ciudadanos íntegros, se me figura muy depresivo para los que habitamos en poblado. No parece más sinó que escandalizado el Sr. Fernandez y Gonzalez de nuestra corrupcion, como Tácito de la de Roma, desea presentarnos en las costumbres puras ó inocentes de la bandolería algo que nos edifique y nos enderece. Pues mire usted, Sr. Fernandez, convingo en que por Madrid hay muchos perdidos y que es peligroso hasta cierto punto atravesar á las tres de la tarde por delante del café Suizo; pero tambien hay muchos caballeros, tan fieles como el oro, que sólo le detienen á usted para pedirle fuego. No es absolutamente necesario ser ladron en cuadrilla para tener un corazon sensible. Conozco muchas personas que sin haber desbalijado á nadie en su vida, riegan con sus lágrimas las butacas del teatro Español cada vez que se pone en escena *O locura ó santidad*.

Repito, pues, señor Fernandez, que el ideal de la bandolería no es suficiente para el arte. El ideal cristiano me parece más fecundo y más conforme con la naturaleza humana.

Estos trueques de ideales producen unos efectos desastrosos. Las novelas fueron bajando, bajando, y bajaron yo no sé hasta dónde. Salieron á luz por entregas, por arrobos y por metros cúbicos. El Sr. Fernandez tenía un establecimiento en liquidacion dentro de la cabeza.

Y sin embargo, *¿qué fué de tanta invencion?* Destinadas estas novelas á entretener los ócios de las clases ménos doctas de la sociedad, perdieron casi en absoluto el carácter de obras literarias y fueron proscritas con excomunion mayor de toda biblioteca bien nacida. El autor ya no volvió á preocuparse de la composicion, del análisis de los caracteres, ni de las pasiones, ni de la verosimilitud, ni de la pureza de la lengua. Lo único á que atendió, fue á sorprender, á asustar las imaginaciones femeniles, á despertar y encadenar la curiosidad, arrastrándola violentamente por sucesos increíbles y absurdos.

De este modo logró conquistar una inmensa popularidad, sobre la cual tampoco debe forjar-

se grandes ilusiones el Sr. Fernandez y Gonzalez.

Tuvo y aun tiene muchos lectores; pero son de tal jaez estos lectores, que no pueden fundar ninguna reputacion duradera. Leen por distraerse, por *matar el tiempo*, y las más de las veces no se detienen á mirar el nombre del autor del libro que soportan en la mano. Si lo miran, no son capaces de tributarle admiracion, á la manera que al niño jamás se le ocurre admirar al inventor del juguete con que se divierte.

Las obras literarias, ó las que tal nombre merecen, no se presentan como los arenques en grandes turbas; vienen solas despues de haber madurado por más ó ménos tiempo en el cerebro del artista. Aquellas que no sufren una gestacion laboriosa cuando se escriben, es que ya la han sufrido en el pensamiento. Me refiero, por supuesto, á las obras de mérito permanente capaces de resistir á las inclemencias del tiempo y de la crítica.

La *entrega*, que Fernandez y Gonzalez ha cultivado con más éxito que ningun otro en nuestra pátria, es la institucion más perniciosa que inventaron los hombres para tormento de las letras.

Me equivoco, hay todavía otra institucion más deletérea; el tomo de á peseta. En tomos de á peseta ha esprimido el Sr. Fernandez las últimas gotas de su desordenada inspiracion. En vano el poder legislativo de la sociedad se afana por introducir las reformas más convenientes en todos los ramos de la administracion; en vano el poder ejecutivo cumplimenta con toda fidelidad las disposiciones legales desenvolviéndolas y aclarándolas por medio de reglamentos acertados, y sábios y concienzudos preámbulos. Mientras Manini con su biblioteca *de lujo*, y los traductores de Barcelona, sigan conspirando contra la salud pública, no tendremos en nuestra pátria ni sosiego, ni riqueza, ni vías férreas, ni administracion.

Torna á la ciudad el Sr. Fernandez y quiere describirnos la vida real, lo que pasa pared en medio de nosotros. No dejan de tener estas sus novelas contemporáneas cierto interés y movimiento, porque el autor, por más que se empeña, no puede prescindir completamente de su poderosa imaginativa, mas allá por el campo adquirió unos modales tan impolíticos y serranos, que por ningun concepto recomiendo la lectura de tales obras á las niñas de quince abri-

Resplandece en sus últimas novelas, á más de un color verde hartó subido, la ausencia absoluta de prevision artística. El autor no medita ni calcula nada de lo que constituye el fondo y la forma de una obra romancesca. Prefiere abandonarse á la corriente alborotada de la improvisacion, y allá ván escenas y sucesos donde quiere una fantasía delirante. ¡Yo que juzgaba á la improvisacion sólo buena para decir unas cuantas redondillas despues de haber comido fuerte!

La pintura exajerada y un tanto burda de la vida exterior, es lo que se observa á primera y segunda vista en estas producciones. La vida del espíritu merece tanto respeto al Sr. Fernandez y Gonzalez que no se atreve á penetrar en ella. Tal vez el alma humana tendrá que agradecerle este respeto. Debo manifestar, no obstante, en descargo de mi conciencia, que el espíritu del hombre tiene derecho á ocupar el lugar preferente en la novela. Cuando se le condena á comer el pan negro de la emigracion, como en las obras de Fernandez y Gonzalez, la novela se trasforma en cuento de viejas.

En resolucion. No es posible juzgar las producciones del Sr. Fernandez y Gonzalez, si exceptuamos las primeras, citadas ya en este artículo, con arreglo á los sanos principios literarios. Tales obras salen del recinto de la literatura para entrar en el más oscuro y tambien más lucrativo de la industria. Una vez convertido el arte en oficio, ya no se trata más que de mucho papel y mucha tinta. El que hace un cesto hace un ciento, y el que escribió una novela puede escribir un cargamento de ellas.

¡Cuántos años hace que el Sr. Fernandez y Gonzalez está haciendo cestos sin darse punto de reposo!

Sus novelas, como las saetas del ejército de Jerjes, amenazan ya nublar el sol,

Así, que me he visto precisado á pelear á la sombra.

Conste sobre todo, Sr. Fernandez, que esta crítica fué inspirada por los móviles más bajos y más ruines.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LOLA LEE.

(CONTINUACION.) (1)

V

Lola ha recibido tantas cartas como dias han pasado desde el infausto de la amarga separacion. Enrique escribe poco á veces, pero escribe siempre, y sólo escribe poco cuando es de todo punto imposible que escriba más. Sus cartas son movidas, apasionadas. Habla de las victorias del ejército en que pelea y de la pasion que abraza su alma. Es Napoleon (capitan de húsares graduado) escribiendo á Josefina, es decir, á Lola.

Lola le contesta siempre que puede, y cuando no se vé obligada á pasar la noche en el teatro ó las *soirées*,—porque ya ha extendido su vestido y su horizonte,—escribe más largo que de ordinario.

Al contestar hoy, ha dejado olvidada sobre su lindo escritorio la última carta de Enrique. Aprovechemos el olvido y leamos:

«Lola mia: esta carta llegará probablemente á tus manos el domingo, cuando vuelvas de misa. Venir de hablar á Dios—ser buena,—y leer despues una carta de tu Enrique,—ser querida,—son dos cosas que pueden dar mucha alegría. A más que tu novio puede hoy escribirte largo y darte una buena noticia.

«Ayer, despues de salir la correspondencia de esta division, he tenido un inesperado placer. «Los deseos del bueno de Rufo. que eran los tuyos y los míos por tanto, están cumplidos. Rufo es ya soldado de mi regimiento y espero tenerle aún más cerca: trabajo por traerle á mi inmediato servicio. Ya supondrás cómo trataré á quien tanto tiempo vivió á tu lado, á quien al abrirme la puerta de tu casa, me franqueaba el paraíso. Cuando se cuadró delante de mí llevando graciosamente la mano á la altura de su frente, sentí verdadero deseo de abrazarle como á un camarada.

«Hoy hemos hecho una jornada muy penosa. «Este accidentado país está cubierto de nieves pero en medio de este frio intenso arde cada vez más viva la voraz llama que encendieron en mí esos ojos tan azules, tan hermosos, tan tuyos... «No temas que te hable en verso; tengo muy poco de artista. Sin embargo, desde que me has puesto *así*, me conmueven muchas cosas en que ántes no reparaba. Contemplando anoche

(1) Véase el número 2, pág. 26.

«los campos y las montañas tapizados de nieve, «y bañados por la luz de la luna clara y llena, «sentía como enamorado. No me ocurrió pensar «que al día siguiente podría aquella inmaculada «nieve verse hollada por mil huellas y mancha- «da de sangre.

«¡Dichosa tú que vives en los mismos lugares «testigos de nuestra felicidad! ¿No vés alguna «vez á sentarte sola en el sofá azul y á pedir «un eco de lo pasado? Cuéntame alguno de esos «detalles, de esas pequeñeces, que cosas tan «grandes deben ser para nosotros. ¿Por qué no «eres en tus cartas más expresiva y más pródiga? «¿O es que soy yo demasiado codicioso, tesoro «mio?»

«Tus recuerdos van siempre conmigo; creo «que me defienden como una dura coraza; los «llevo sobre el corazón. Muchas veces al día va- «rían de sitio por breves instantes, y puedo jurar «que no están envenenados... ¡Si esta fría imá- «gen se animase! ¡Si yo pudiera buscar el lugar «de que fué arrancado este disco de hilos de luz! «—No me lames exigente si te pido un nuevo «retrato. He asistido á los últimos momentos de «la crisálida, y quiero ver la mariposa. ¡Quién «me diera poder pisar esa cola tan larga de tu «nuevo vestido y decirte:—*Perdone Vd. seño- «rita!*—Creo que me perdonarías con mucho «gusto, eh?»

«No acierto á concluir y es preciso que lo ha- «ga, Hasta mañana, Lola mia. Me muero por tí.

ENRIQUE.»

«P. D. Cerrada esta carta, la abro para que «sepas que en este momento nos dan orden de «emprender de nuevo la marcha. Dicen que el «enemigo estará pasado mañana á nuestra vista. «Le derrotamos de fijo. Nada temas. Yo solo te- «mo que en vez de gritar ¡viva la libertad! gri- «te... cualquiera otra cosa. Adios.»

A tiempo hemos terminado la lectura y satis- fecho nuestra curiosidad. Lola penetra en la ha- bitacion, recoge la carta y la encierra en un ca- jon de su escritorio. Lola está encantadora, más encantadora que nunca. Viste un traje blanco, muy blanco, que arrastra por el suelo producién- do un ruido semejante á un aleteo de paloma; en su garganta y en sus brazos desnudos, pare- cen desvanecerse sobre nevado fondo azulados toques de tímido pincel; en su cabeza, levantada con cierta arrogancia, como rubíes engarzados en el oro de sus cabellos, frescas camelias se muestran orgullosas; una sonrisa que tiene algo de extática, flota por aquellos lábios que las ro- as came lias envidiarían; y un brillo singular y

una expresion rica de vida y de misterios, brotan de sus pupilas, que parecen reflejar un alma grande y hermosa, á la manera que el mar refle- ja el sereno cielo.

¡Si Enrique la viera así!—Pero no puede verla.

Lola, despues de ejecutar varios graciosos mo- vimientos delante del espejo que copia toda su gentil figura y de pasar con esquisita delicade- za su pañuelo de encaje por las arqueadas cejas, hace sonar un timbre. Como si esta accion hubie- ra sido involuntaria, el vibrante sonido causó á la encantadora jóven un brusco estremecimiento y volvió como asustada la cabeza...

Un criado se presentó en la puerta de la habi- tacion.

—¿Llama la señorita?

—Sí. Dile á papá que son las once en punto y que estoy dispuesta.

—Está muy bien.

El criado desapareció.

Lola, con cierta agitacion difícil de explicar y sin sonreír como hasta entónces, volvió á abrir el cajon en que ántes guardára la carta de Enrique; buscó mucho entre los muchos papeles que allí revueltos habia; dió, por último, con un retrato que miró breves instantes, lo guardó de nuevo, y salió con paso rápido tarareando un wals de Waldteufel.

VI.

Michelet ha dicho que la mujer «es el domi- ngo del hombre;» pero Michelet quiso referirse á los domingos que comienzan para los creyentes con una incruenta manifestacion del culto divi- no, y trascurren apacibles con todos los encantos del descanso y de la alegría que rebosa en los ánimos sencillos y expansivos. El poeta hizo im- plicitamente la excepcion de los domingos que empiezan con tiros y acaban con agonías. Las mujeres, en otro caso, podrían salir mal paradas de tal retórica.

Las cornetas y las músicas del ejército liberal han saludado con agudas notas y marciales ecos la primera luz del día. Hasta aquí, el domingo de Michelet vá bien. A los sonos de las milita- res bandas, mézclase de tiempo en tiempo el ruido de un disparo de fusil. En las fiestas so- lemnes de mi pueblo suele haber tambien esta parte explosiva.—Pero aquí acaba el domingo de *La femme* y entra la excepcion que queda su- puesta.

Nótase en el campamento agitacion extraordi- naria. En una pequeña altura, el general en jefe de aquel ejército, rodeado de su estado mayor,

observa con sus anteojos de campaña otras lejanas alturas de donde á intervalos brotan remolinos de humo, que despues de algunos segundos se traducen en estruendo. En la pequeña altura está el corazon de todo ese organismo que culebrea por el llano y por las laderas de los montes y que, como los pedazos de una serpiente, importa poco que se disgreguen y se dispersen sus miembros para que continúe su movimiento incesante. De aquella altura salen veloces los ginetes y á ella tornan, llevando una órden, dando cuenta de una comision ó pidiendo un parecer.

El artillero sacude el látigo sobre los robustos mulos, y lleva adelante la abierta boca de bronce que vá pronto á hablar. La ligera infantería evoluciona con presteza y se distribuye por masas aquí y allá. A retaguardia, inmóvil y en compacta formacion, la caballería espera que le toque su turno. Las agudas lanzas, á cuyo término se agita la pequeña banderola, y los anchos sables, brillan en la mano de los soldados, caballeros en sendos potros, entre los que se destacan los de blanca piel que montan los cornetas... Allí está el capitán Enrique de Vargas al frente de su aguerrido escuadron, mirando á las alturas unas veces, mirando otras al valle y dejando muchas más que su mirada huelgue en el vacío. Su brioso alazan azota con el casco el pequeño charco que formó la nieve derretida bajo sus piés, sacude su cabeza haciendo sonar el metal de los bruñidos arreos, y lanza á menudo un prolongado relincho que no queda sin respuesta.

Rómpele el fuego en diferentes puntos y por ambas partes. Las nubes de humo imitan una faja de niebla en los elevados cerros, desde donde, y tras de resistentes trincheras, pelean las tropas carlistas; las nubes de humo ocultan abajo los batallones bizarros que atacan de frente protegidos por los cañones, cuya ronca voz domina por instantes el gárrulo estrépito de la fusilería. Esas nubes de humo de acá y de allí, parecen desprendidas de invisible incensario, movido por oculta mano ante las aras de un Dios. Marte recibe, con efecto, ese incienso; pero la mitología abunda en transfiguraciones, y ese dios mudará luego de sexo y de nombre: llamaráse Libertad.

Cuando esto vá á ocurrir, cuando, despues de largas angustiosas incertidumbres, la victoria se inclina resueltamente del lado de las armas liberales, y, arrancado el enemigo con la punta de las bayonetas de sus formidables defensas, se declara en precipitada fuga,—los clarines de la ca-

ballería dan á los aires sus acentos que tienen algo de lúgubre y fatídico; la enorme masa negra sale á todo escape en persecucion de los fugitivos, sin que apénas se sienta el rumor de sus pasos, que dejan sobre la nieve como una gran mancha cenagosa. Es un huracan que lo barre y lo destruye, todo, y que sigue y sigue adelante con ímpetu irresistible.

Pero lo imprevisto llega.

El fuego que paulatinamente había ido debilitándose hasta hacerse escaso y aislado, reproduce terrible al atravesar los aguerridos escuadrones por una estrecha cañada. Tres nutridas descargas consecutivas salieron de las enrisgadas breñas, por las que treparon á seguida, prorumpiendo en desaforado clamoreo y desapareciendo como por encanto, los intencionados autores de tal hazaña. Con tan brusca acometida, el desórden y la muerte ábrense paso en las filas, y numerosas víctimas ruedan á tierra y son atropelladas por los fogosos corceles que saltan aterrorizados, hasta que la vigorosa mano acierta á refrenarlos. La caballería logra á poco rehacerse, y ya sin adversarios á quienes perseguir, vuelve cautelosamente á reunirse con los compañeros de tan costosa victoria...

Enrique de Vargas no es de los que vuelven, es de los que quedan. A la segunda traicionera descarga había caído al suelo, había sentido pasar sobre él un huracan arremolinado, y había advertido luego cómo todo quedaba silencioso en torno suyo. Su propia instintiva queja y un sordo rumor que iba apagándose á lo léjos, era lo que oía; nada más. Sin perder por completo la conciencia de su estado, notaba un extraño sopor que entorpecía sus sentidos y un dolor agudísimo sobre el corazon. El sitio en que este dolor le atormentaba, bastaría para traer á su pensamiento un acariciado recuerdo, si este recuerdo hubiera desaparecido un instante siquiera ante lo rudo de la sorpresa y lo súbito de su desgracia.

Enrique, tendido sobre el húmedo suelo, quieto como un muerto, y con los ojos cerrados, quejábase y soñaba. De las profundidades de su alma surgía la imágen risueña de la mujer adorada, y de lo hondo de su pecho salía un quejido lastimero. El quejido cesó de pronto y la vision se animó más y más. Enrique creía verla á ella, á la mujer querida, acudir á su lado, prodigarle frases de cariño entrañable, colocar su cabeza en el muelle regazo y pasar su mano suave y fría por su abrasada frente. Y Enrique sentía de veras el contacto de aquella mano; tan cierta era

tal impresion para el infeliz herido, que una leve sonrisa apuntó en sus lábios y los pesados párpados se abrieron. La sonrisa desapareció; los ojos de Enrique vieron los menudos copos de nieve que caían silenciosos de la altura como lluvia de hojas de jazmines. Enrique vió casi á la vez que no estaba solo allí. Al alcance de su brazo estaba el cadáver de un enemigo en cuyo rostro había dejado la muerte sarcástica expresion de alegría y de burla que causaba horror. Tenía muy contraída la rasgada boca, y entreabiertos los hinchados ojos como las valvas de un molusco. Enrique cerró los suyos otra vez, tembló con temblor doloroso que recorrió todos sus miembros, y, haciendo un poderoso esfuerzo, volvió la espalda á aquella espantosa realidad.

Y la nieve seguía cayendo, cayendo.

VII.

—Mire Vd., es aquí—decía Enrique con débil y angustiosa voz al jóven médico, que iba recorriendo las camas de los pobres heridos del hospital de sangre.—Sentí un rudo golpe sobre el corazón, y caí al suelo; pasó despues como una tempestad por encima de mi frente; lo intenso del dolor, y no sé qué vanos terrores que me causaba lo que en derredor veía, me prestaron fuerzas para volverme descansando sobre el lado herido. El frio contacto de la nieve me produjo por instantes un ligero alivio; ahora padezco más, mucho más; pero yo creo que Vd. encontrará medio de salvar mi vida, ¿verdad? Si la bala hubiese llegado al corazón, me hubiera muerto en el acto: ¿no es cierto?

A estas palabras de Enrique, siguió un quejido medio ahogado, y al pronunciar sus lábios un nombre que nadie entendió, vino á ellos sanguinolenta espuma que la mano de Rufo, allí presente, pálido y desencajado, se apresuró á limpiar.

El médico examinó al herido con impasible semblante, y comprendió bien pronto lo desesperado del caso: el proyectil había interesado el pulmon, yendo acaso á incrustarse en el pericardio, y se presentaba clara una pneumonía traumática que privaba de toda esperanza. Encargó que se aplicasen compresas de agua de hielo sobre la parte vulnerada, y cambió breves frases con el sacerdote que le seguía.

Mientras Rufo preparaba solícito lo prescrito por el doctor, Enrique sacó de bajo la almohada dos objetos que llevó á sus lábios con ánsia febril.

—No moriré, no,—decía cuchicheando como

si hablase al oído de la amada de su alma;—tú le pedirás á Dios por mi vida todos los dias; y pedirá mi madre tambien, mi madre, que es tan buena, que ha colgado á mi cuello este blanco escapulario, y que ha de querernos tanto á los dos... La traidora bala ha roto tu retrato; ha llevado por delante de sí tu rostro de ángel; tal vez le ha hecho entrar hasta mi corazón... ¿Acaso no sabía que tu imágen estaba ya grabada en él muy profunda, muy profunda?... Sufro ahora mucho, mucho; pero despues gozaremos tanto, tanto!...

Enrique quedó como aletargado por largo rato. Cuando volvió en si, comenzó por exhalar un grito de sufrimiento, tendió una dura mirada en torno suyo, y se fijó, por último, en el fiel Rufo, que sollozaba á los piés del lecho, con el rostro oculto entre las manos.

—¿Qué hora es?—preguntó.

Rufo, disimulando mal lo que por sus adentros pasaba, trató de sonreir, buscó en el chaleco de Enrique, y mirando al reloj contestó:

—Faltan veinte minutos para las once. Cómo se siente Vd., mi capitán? ¿Quiere Vd. que renueve los paños de agua fria?

Y diciendo y haciendo, desenrolló el vendaje con el exquisito cuidado que pudiera poner una madre; colocó la nueva compresa, y procuró proporcionar al paciente las mayores comodidades posibles.

—Gracias, gracias, Rufo—dijo Enrique con cariñoso acento;—eres un buen muchacho. Ahora tengo ménos dolor y ménos fatiga. Mira: colócate aquí; ponte de modo que no me dé aquella luz en los ojos, y escucha.

Obedeció el soldado, y despues de interponer su cuerpo, á guisa de pantalla, entre la pobre luz y el rostro de su jefe, inclinóse para escuchar:

—Quiero que me entretengas un rato hablándome de tu señorita, de la señorita Lola, que tanto interés se ha tomado por tí. Cuéntame algo de lo que recuerdes, porque tú la recordarás mucho sin duda; tú serás agradecido.

Enrique miraba fijamente al fiel servidor; su boca estaba entreabierta y parecía olvidarse de todos sus males esperando el más eficaz de los consuelos.

—Sí, mi capitán; yo la recordaré siempre, ¿Cómo había de olvidarme de ella? Durante och años viví en aquella casa, y Dios sabe que no hubiera dejado nunca á mis amos á no haber tenido que sufrir la suerte de soldado. La señorita Lola me quería mucho; de pequeñita jugaba

conmigo, y despues tambien. El señor, su padre, solía decir que á veces era cruel en sus juegos y caprichosa; pero yo jamás tomé á mal lo que me ordenaba, me alegraba mucho de verla contenta. ¡Se reía con tanta gana cuando yo la ponía sobre mi espalda y la paseaba por el salon, apoyando en la alfombra mis rodillas y mis manos! Si corría demasiado, me hacía cosquillas aquí, debajo del brazo, y con la otra mano se asía á mi pelo y me detenía.

—De modo que tú eras su...

—Su caballo: mi capitan.

—¿Y ella?

—Ella... era ya del arma, mi capitan.

—¿Y últimamente, estaba triste?

—La señorita Lola, mi capitan, no es como otras en muchas cosas. Por de pronto, es más hermosa que todas. En ocasiones, estando de muy mal humor, se ríe hasta ponerse mala; dice el señor que es nerviosa como un pájaro. El día en que Vd. debía ponerse en camino para venir á la guerra, tuvo mucho de eso. Aquel día conocí yo mejor que nunca lo buena que era mi señorita y lo que me quería á mi, á un humilde criado. Supo que yo tambien iba á ser soldado y á entrar en campaña, y quiso que me dejara cortar el pelo. «Tú eres un quinto, Rufo,—decía ella,— y ya no debes llevar esas melenas ensortijadas; te entraría mal la gorra de cuartel; es preciso que V. se deje pelar á punta de tijera, señor recluta.» Y hablando así, muy deprisa, comenzó á trasquilarme y á reirse y á moverme la cabeza de un lado á otro. Yo, mi capitan, confieso que me parecía mal lo que la señorita hacía conmigo; sobre todo, cuando se le iba sin querer la punta de las tijeras y me picaba en la piel; pero, al fin, comprendí que mi señorita era un ángel. Todo aquello era para dispensarme una prueba de cariño que yo no merecía. La señorita Lola concluyó por escoger entre los rizos cortados uno que le pareció mas claro y más brillante que los otros; lo atusó con sus dedos pequeñitos humedecidos en sus lábios; lo fué rodeando así con un hilo de seda azul,...—¿Qué! mi capitan, ¿se siente V. peor? ¿Quiere V. variar de postura?

—No... no,.. Sigue, Rufo, sigue. Te lo mando.

—Pues bien, mi capitan: como iba diciendo, la señorita rodeó con la seda azul aquel rizo, y mirándolo de hito en hito me dijo:—«No es verdad que este rizo podría pasar por mío? Los dos somos muy rubios. tú y yo; el pelo es lo mejor que tú tienes, ya lo creo! Tú no sabes lo que vá á ser de este rizo: este rizo me vá á servir á mi; este rizo será un recuerdo muy querido para

una personita, para una personita que tú conoces...» —Y reía, mi capitan, y reía.

El pobre Rufo, animado con su relato y como la luz no alumbrase el rostro del moribundo joven, no veía unos ojos abiertos, muy abiertos, que se movían con espanto, y no oía la respiración anhelante y fatigosa del pecho de Enrique, cuya boca arrojaba viscosa espuma.

—La señorita Dolores buscó un papelillo muy fino, azul tambien, y colocó dentro de él aquel rizo de mi cabeza, que guardó en seguida en su seno. En aquel instante, créalo Vd., mi capitan, yo que estaba de rodillas, aproveché mi posición para adorarla en silencio como se adora á los santos. ¿Acaso un miserable criado podía esperar nunca que su bella señorita quisiera conservar un recuerdo suyo? Ciertamente que yo la había obedecido siempre y la había servido largos años, que iba á separarme de ella y de su señor padre para morir tal vez en los campos de batalla; pero de todos modos, preciso era tener un corazón como el suyo para darme una prueba tal de afecto y de compasión. ¡Bendita señorita mía! ¡Dios la haga dichosa!

Rufo calló.

Esperó durante algunos momentos a que el capitan le pidiera otras noticias ó celebrara aquel rasgo de bondad, pero esperó en vano. Rufo entonces se inclinó sobre el herido, advirtió con espanto que sus ojos vidriosos le miraban inmóviles, que su pecho no se agitaba, que sus labios sin aliento estaban teñidos de sangre... Tocó la frente del capitan, y sintió frío: le llamó con voz trémula y nadie respondió...

El capitan de húsares, Enrique de Vargas, había muerto.

Al colocar en una camilla al número 15 del hospital de sangre para conducirlo á la fosa común, se advirtió que la mano izquierda del cadáver, rígida y contraída, estrujaba un pequeño papel azul, dentro del cual había un rizo de cabellos rubios rodeado con seda de aquel mismo color, como suelen rodearse con tiras de negro crespon las coronas de siempre vivas que adornan los sepulcros. La mano derecha, puesta sobre el corazón, cubría un blanco escapulario.

Entre las almohadas del lecho se encontró un retrato de mujer, traspasado á la altura del rostro por una bala. Al respaldo se leía una dedicatoria en que se hablaba de amor.

FELIX DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

ECOS Y RUMORES.

Hace dos ó tres días, acompañaba yo por esas calles á un forastero que, de paso por Oviedo, deseaba conocer todo lo que aquí hubiera digno de atención.—No es esto mucho, pero de todo logré enterar á mi amigo, que de vuelta á su casa formuló esta pregunta:

—Y dígame V.: ¿cómo está Oviedo de movimiento intelectual? Tienen Vds. algún círculo literario ó científico, academia, ateneo, ó cosa por el estilo?

—No señor: algo ha habido de ello en diferentes épocas, pero hoy nada hay, nada.

—¿Por falta de elementos?

—No por cierto. Hay aquí, como V. ha visto, centros oficiales y privados de enseñanza, cuerpos facultativos compuestos de personas muy competentes, gentes aficionadas á la lectura y al estudio, natural despejo, facilidad de expresión....

—¿Pues entonces?

—Ahi verá V.—Entonces.... faltan iniciativa, unión y constancia, tres virtudes cardinales para el caso.

—Con efecto que lo son; yo creo, sin embargo, que la apatía, el desconcierto y la veleidad, vicios más propios de nosotros los hijos del medio día, que de Vds. los graves y activos hijos del norte, deben ser aquí enfermedad pasajera y nó crónica, y que tomándose alguno la molestia de proponer un proyecto aceptable en aquel sentido, encontrarían al cabo eco y lograrían feliz éxito sus propósitos.

—Parte V. de una hipótesis no poco falible, y de todas suertes, convendrá V. conmigo en que el tal proyecto debía de descansar sobre la verdad de nuestra *idiosincracia* y hacer compatible lo que apenas lo es: tener un círculo de la índole del que Vd. buscaba, sin necesitar para ello organización complicada, ni gastos crecidos, ni esfuerzos diarios y tenaces, ni....

—Pues ea, yo voy á esbozar uno, que podría servir de puente para llegar á un instituto más completo y que honraría siempre á una capital de provincia de la importancia de Oviedo.

A este punto llegábamos de de la conversación, cuando la campana de la fonda llamó á los huéspedes al refectorio.

—Creo que llaman á comer—dije yo á mi amigo—y no quiero que por mi causa se le enfríe á V. la sopa. Ya sabe V. que no puedo acompañarle. Póngame V. esta noche en un papel el croquis de su proyecto, y así, evitando aquel inconveniente, me ayuda V. á escribir los *Ecós y rumores* del próximo número de la REVISTA. Abur.

—Corriente. Adios.

El forastero cumplió su promesa como probablemente no la cumpliría un ovetense.

He aquí su carta:

«Mi amabilísimo *cicerone*: aunque no solo de pan vive el hombre, es lo cierto que el pan entra por mucho en esta vida y que tuvo la culpa de

que ayer no le dijese yo de palabra lo que así le anunciè. Ahí vá, pues, por escrito mi proposición, que es sencillísima, sinó nueva, y que celebraré sea bien acogida.

«Los supuestos de que parto son los siguientes: 1.º En Oviedo, como en Pekin, habrá entre las personas á quienes mi excitación principalmente se dirige, variedad de criterio, tendencias contrapuestas, pues sabido es que el mundo quedó entregado á las disputas de los hombres; pero esos matices, que servirán precisamente para mútuo estímulo y para evitar toda monotonía y hacer neutral el terreno, no existirán en el punto supremo de interesarse por la ciencia y por su propaganda.—2.º La variedad de vocaciones y la particular tarea á que cada uno se consagre, hará que éste guste de los estudios jurídicos, aquél de las ciencias naturales, uno de asuntos industriales, otro de los literarios, etc., pero sin que nadie deje de aspirar á enterarse de lo que desconoce ó no le es tan familiar, mucho ménos si tales noticias se le proporcionan sin esfuerzo y en adecuada forma.—3.º El puerto de Pajares no está siempre cerrado ni la costa cantábrica es de continuo inabordable, y en tal concepto claro es que de allende la PERRUCA y del otro lado del mar pueden llegar á Oviedo derechamente obras nuevas, libros recientes en que se contengan las últimas palabras y soluciones del progreso intelectual.—4.º Recordando las noticias que V. me ha dado de sus convecinos, confirmase lo anterior, y cabe asegurar que muchos de ellos recibirán á menudo para su especial uso esas mismas obras y esos mismos libros.—5.º En Oviedo hay locales espaciosos y acondicionados para el objeto que, solicitados á quien corresponda, pueden quedar gratuitamente, como otras veces quedaron, á disposición de los solicitantes.—6.º Los domingos y fiestas de guardar, la Universidad, el Instituto, las oficinas etc., están cerrados, y todos pueden consagrar una ó dos horas á una tarea agradable y provechosa.

«Pues ahora bien: doce ó veinte amigos, reaccionarios y liberales, ingenieros y catedráticos, literatos ó industriales, de los que reciben libros y tienen devoción á la ciencia, y son oradores ó saben, como sabe siempre el hombre culto, exponer en forma sencilla, de palabra ó por escrito, lo que ha estudiado y comprendido, se reúnen un día y convienen en celebrar semanalmente, por ejemplo, una reunión pública en que se dará á conocer una obra nueva ó moderna, importante en definitiva, en forma de resúmen que venga á ilustrar sobre la materia de que trate y con las apreciaciones particulares críticas que al disertante le ocurran.

«Lo que con esto se lograría para el bien de todos, de los que hablasen y de los que oyesen, me parece ocioso apuntarlo; sí apuntaré que esos resúmenes y juicios podrían después proporcionar materiales de superior calidad para la prensa periódica de Oviedo, que imitaría así lo que, sin ir más lejos, viene haciendo muchas veces con general aplauso la *Revue des deux mondes*.

«Ya lo vé V., amigo Saladino: mi proyecto es muy factible; no requiere apenas organizacion, ni gastos, ni trabajos extraordinarios. No naga usted á sus paisanos la ofensa de creer que carecen de buen deseo y de amor a la ilustracion y al adelanto. Suyo afectísimo amigo, que piensa poder asistir á la primera reunion, X.»

Las fiestas de la Candelaria y de San Blas, inminentes ya nos traerán la clásica romería de las naranjas en la «espaciosa llanura» de la carretera de Gijon y sus adyacentes, y nos harán recordar aquella ovetense aleluya, que más bien parece aleluya andaluza y que dice:

San Blas y la *Candelera*
echan el invierno fuera.

Respecto á esto último, se me antoja á mí que el invierno habrá de oponerse seriamente á su expulsion, y aun que, para dar solemne mentís á la aleluya, recrudecerá sus iras un tanto aplacadas desde que comenzó el año nuevo.

En cuanto á las naranjas, celebraré que los niños ociosos no se entretengan en arrojar cáscaras á los transeuntes, y que las niñas bonitas encuentren, si lo desean, no más que media naranja que valga por todas las de la feria.

Que no salga limon ágrío.

El Diablo en el poder,—dicho sea con permiso de Cánovas—*La Marsellesa*—que es un gran himno—y *Por seguir á una mujer*—á beneficio de la orquesta,—fueron puestas en escena en los últimos días por la compañía de zarzuela que aquí viene actuando y que para hoy anuncia *La Conquista de Madrid*.

Pero lo que merece párrafo y hasta carta á parte, por la novedad, es *Pepe-Hillo*, y de los trastos á Jacinto de la Rosa:

Querido Saladino: Despues de muchas dificultades, vencidas á costa de inauditos esfuerzos, púsose por fin en escena la popular zarzuela, nueva en este Teatro, titulada *Pepe-Hillo* y á cuya primera audicion acudió la gente en número tan crecido, que hubo quien para poder disfrutar de ella necesitó hacerse *comparsa*, ocupando de este modo una de las espaciosas localidades de la *Plaza de Toros*.

La música de *Pepe-Hillo* está compuesta casi toda de canciones *melismáticas*, de escaso mérito y de melodía monótona y muy semejante. Hay en ella sin embargo tres temas bastante buenos, pero no del todo bien desarrollados; tales son, la marcha del primer acto, las coplas del tercero y el wals del cuarto; éste mejor instrumentado que los anteriores.

Una de las cosas que más efecto producen en música es una buena instrumentacion. Gretry génio portentoso para el invento de cantos, por falta de instruccion musical no podía formarse la idea del todo de una pieza, costándole un esfuerzo inaudito el instrumentar y resultando todas sus composiciones débiles y opacas. Uno de los autores de zarzuela que mejor instrumentan en nuestros días, es Caballero, motivo por el cual todas sus obras son aplaudidas y oidas con gusto, apesar de haber en ellas algunas veces falta

de inspiracion. El Sr. Cereceda, en cambio, al ménos en *Pepe-Hillo*, no demuestra gran conocimiento de instrumentacion y sus cantos no son tampoco muy inspirados, por lo cual, en mi pobre juicio, la zarzuela *Pepe-Hillo* no merece, ni mucho ménos, el éxito que alcanzó en toda España. Su ejecucion aquí, bastante regular, dados los elementos con cuenta la compañía para el desempeño de zarzuelas que, como esta, necesitan personal numeroso, así como tambien un aparato y una tramoya de que no es susceptible este Teatro. La decoracion del tercer acto, pintada por varios aficionados, mereció del público una buena cosecha de aplausos, apesar de haber sido cortado el efecto por los ágiles y entendidos tramoyistas.

Esperando *El Anillo de hierro* y siéndome imposible ser más largo por hoy, se despide.—
JACINTO DE LA ROSA.

Noticias diversas:

—De la vecina villa Gijon dicen que se trabaja actualmente en la instalacion de una gran fábrica de hierros situada en el paraje denominado «la Braña,» á un kilómetro de la villa y en el ángulo que forman las dos líneas férreas del Noroeste y de Langreo.

—En la madrugada del 21 y en la trinchera llamada el Embaralado de Ujo, entre Santullano y Pola de Lena, un nuevo desprendimiento de tierras (3,500 metros cúbicos) ha interceptado la vía, haciéndose precisos los trasbordos consiguientes ínterin el personal de la línea consigue dejar expedito el paso.

*—Escriben al *Eco de Asturias* participándole que los operarios ocupados en cerrar uno de los arcos del puente de Mieres, aun no cobraron el mes de Mayo de 1878 y se hallan en la mas precaria situacion, llamándose sobre ello con justo motivo la atencion del Ingeniero jefe de la provincia y del Director general de Obras públicas.

—Se habla—por la milésima vez—de la construccion de un teatro de nueva planta en esta capital, empleando al efecto ahora el método de la rifa, adoptado segun parece en alguna poblacion de España con igual objeto recientemente. El número de billetes será corto y por lo tanto alto el precio, pero aquel que tenga el número agraciado por la suerte, se encontrará convertido en propietario de un magnífico coliseo de la noche á la mañana. Creemos que el asunto merece ser visto con atencion, y prometemos estar al tanto de lo marcha del proyecto.

En el próximo número comenzará á publicar la REVISTA un muy importante trabajo de nuestro asídúo é ilustrado colaborador y amigo D. Máximo Fuertes Acevedo sobre *Mineralogia Asturiana*. Justo es que reiteremos la seguridad de nuestra gratitud al distinguido catedrático que, separado hoy de su querida provincia, viene dando, sin embargo, tantas pruebas de conocerla bien y de interesarse vivamente por ella,

SALADINO.